

# 30 DE JULIO DE 1975\*

## *Recordar a solas duele*

René Martínez Pineda

Fundador y secretario General de la Asociación de Estudiantes de Ciencias y Humanidades, en 1980

Cómo pasa el tiempo, tan callado, tan insobornable, tan quedito, tan implacable, convirtiéndose en mil espejos empañados por los recuerdos esquivos que multiplican la realidad irreal; una realidad que, si me descuido y me dejo llevar por las ansias, por las justificaciones del hoy, pierde su profundidad, pues, en ella siempre es el presente remoto. Me recuerdo a mí mismo hace veintinueve años, flaco, soñador, peludo, travieso, enamorado; vuelvo sobre mis fotos, carcomidas por los besos fugaces de tantos minutos eternos, y me encuentro descubriendo las cosas que cambiaron mi vida para siempre al escribirles un acta de nacimiento social; redescubro mi vasto dolor disfrazado en la sangre ajena que siempre me acompaña para no dejarme amaneciendo solo, sumergido en la pena, o en la nostalgia vertical y huraña.

Hace veintinueve años la ciudad aún era, al menos para mis trece años indomables, una muchacha callada, una silueta desnuda y perfecta espía desde la pared roída del adobe centenario, un mar de luciérnagas furtivas y libélulas azules vigiladas desde el monte tupido de flores y fusiles, todo loco de utopías y promesas ciertas. En esos días el hambre - que yo no conocía en estómago propio-

viajaba somnolienta, desmayada, en las procesiones humeantes y en los buses guturales que, con sus motores hirvientes, calentaban las manos grises y frías de tanto esperar o tanto trabajar. Esos días pretéritos estaban atiborrados de amigos, de cuadernos ansiosos y de libros misteriosos que me mostraban lo mejor de la vida. En 1975, acababa de dejar mi escuela querida, la Edelmira Molina, de Ciudad Delgado, y alejé mis oídos, mis ojos y mis pasos de la casa, toda coqueta de cal, que amamantó mis juegos infantiles en su patio inundado de secretos líquidos. La abandoné con mi uniforme nuevo bien planchado y mis zapatos rotos bien lustrados - comprados por mi tía en la zapatería "El Módulo", de la temible calle Concepción, previa entrega de la medalla del primer lugar- llevando una matata preñada de ilusiones y ansias de añil y morro, arrastrando mis celajes como al perrito que tanto amé, cuando niño, y columpiándome en el arco iris desbaratable con el solo poder de mi dedo de barro, herencia de mi bisabuela precolumbina.

Yo estudiaba séptimo grado en el Tercer Ciclo "Gral. Francisco Menéndez" y afuera, en la calle, siempre era octubre, porque el viento deshojaba mi pelo, mis ideas y mis manos para convertirlas en otra cosa; y siempre era sábado de Gloria, porque eran los golpes de la vida (unos golpes que no sentía porque mi abuela interponía su espalda) los que me hacían crecer hasta

\* Ponencia presentada en el panel forum "**Retrospectiva y proyecciones del movimiento estudiantil**", evento organizado por el movimiento estudiantil y la Unidad de Comunicaciones y Rela-

ciones Públicas de la Facultad de Ciencias y Humanidades. El evento tuvo lugar el 29 de julio de 2004, en el auditorium No. 4 de la misma facultad.

lo indecible, hasta el pseudónimo, hasta la cárcel clandestina donde torturaban la hemoglobina; golpes secos que me hacían ir en busca de la profecía que se ocultaba tras el carbón del sol de medianoche, que siempre acompañaba la lucha de quienes creíamos que, con sólo desearlo, se juntarían en un beso prolongado el hambre con el pan, y la sed con el agua, y las letras con el cuaderno, y el estudio con la lucha.

En 1975, más por la cruda realidad que por los poemas de Darío, Neruda o Jiménez, yo amplí mi diccionario -hasta entonces endomingado con palabras mágicas como: sol, juego, algodón, azabache, ámbar, cortejo, clarines, misterio, fantasmas- y le incorporé las palabras duras y malditas y crueles que desconocía: tiranía, masacre, muerte, hambre, tortura, coronel; palabras que desde 1975 son, para mí, las verdaderas “malas palabras”. Yo nunca había visto un muerto en carne viva, ni congelarse la sonrisa en una mueca de dolor; sólo sabía de correr jugando al ladrón librado, o tras la pelota de plástico, o tras las nubes despaciosas con las que hacía competencias, pero, no sabía de correr para ganarle a una bala, a la culata, al estertor, para regresar ileso a los ojos de mi madre y abuela que me esperarían siempre, desde 1975, con la cena caliente, las manos tibias, el corazón frío y mudo de tanto no latir, y la mirada abierta de par en par para no dejar entrar en casa a la papalota negra. Ah, que año tan contrariado ese, porque me enseñó el sabor mítico de los panes de “Chilolo” y el olor nauseabundo de la muerte sin protocolo.

En 1975, la ciudad inmensa dejó de ser la muchacha callada y virginal que yo creía, lo cual supe cuando la llevé al río para romper el himen de su fraude; en mi cuaderno de Estudios Sociales, abandonado en la huída, añadí la clase clandestina, el sigilo protector, la compartimentación del alma y la sangre; mis lápices de colores, tercos como mis

anhelos, se empeñaron en re-escribir la sinfonía patética del miedo, cuando el miedo se junta con las ganas de luchar; mi nombre se ocultó para darle paso al pseudónimo que tanto amo aunque, hoy, se haya ido a vivir junto al dolor del mundo; mi cara se esfumó tras el velo invencible del desvelo y el pasamontañas; dejé de leer poemas para ponerme a escribir los epitafios de mis amigos del alma, esos que se fueron a refugiarse en lo indecible y etéreo, en la lápida anónima; amigos que me hacen tantísima falta, sobre todo cuando llueve porque, entonces, me pongo a recorrer sus caras intactas con mis dedos de luz glacial; caras que me hacen recordar que: recordar a solas duele. Por eso, 1975, con su 30 de julio eterno, con su miércoles de plomo y ceniza, no es una cuestión de discurso académico, o un recordatorio historiográfico de los hechos que todos conocemos, aunque no sepamos de ellos. Es ir a desenterrar mi ombligo para recordar, otra vez, cómo fue que me nació la conciencia envuelta en una placenta de sangre anémica que, más tarde, fue escupida por la partera.

No. 1975 es un regreso sobre las huellas olvidadas -por la miseria del hoy- para volver al lugar secreto donde jugaba con mis amigos y verlos vivos de nuevo, y verlos felices, y verlos, simplemente verlos, otra vez, para explicarles que yo jamás renuncié ni vendí nada, aunque el miedo, muchas veces, me aconsejó lo contrario. 1975 es un recordatorio simbólico permanente, al menos para mí, de la revolución inconclusa, esa revolución que nos llevó a vencer el miedo a la muerte para conquistar la vida, por lo que no se trata de recordar a los muertos, se trata de revivir por lo que murieron, felices, corajudos, creyendo que nosotros, hoy, los resucitaríamos en las banderas bordadas de justicia; en la sonrisa de los niños que ya no están chorreados por el hambre necia ni son burlados por el juguete ajeno; en los gritos del trabajador exigiendo sus derechos en la

calle; en las ideas de los universitarios enamorados de su memoria, la que enfatizan con las tildes que sólo puede poner la democracia, la dignidad vital, la autonomía insobornable.

El cielo me avisó, con sus tormentas impuntuales y su viento cargado de pestes, y sus cinco lunas con coronas rojas y sus celajes traicionados, que ese año iba a ser lo que fue: el inicio del desvarío de Herodes, la legalización del robo arqueológico, la primer letra de la profecía, hoy cumplida, que me decía que “será duro ver cómo matan a los que descansan en paz... será más grave que quedarse solo, esperando la utopía que se teñirá de verde y de migajas pestilentes”. El cielo me avisó, pero, no logré descifrar sus galimatías confusas, ni siquiera cuando me topé, cara a cara, con la muerte anónima e impune. Fuimos diez, cipotes aún, los que participamos en la marcha del 30 de julio y, sinceramente, no sabíamos ni porqué lo hacíamos; en mi caso, tal vez fui movido por ese anhelo abstracto de justicia e identidad y de “mirar lejos y volar alto, como las águilas”, que me enseñó el profesor Luis Alberto Chávez, el único maestro que he tenido en más de treinta años de alfabetos artríticos.

Fuimos invitados —como se invita al que no tiene boleto— por estudiantes de la UES, después de montar en la cancha de Basket del Terciframen (así le decíamos) obras de teatro referidas a la pobreza y la represión, las que se convirtieron en la primer lección de historia, y de ellas aprendí que la revolución la hacen personas comunes y corrientes, como yo, que pueden realizar cambios, milímetro a milímetro; que los principios revolucionarios no son letras de cambio (como los tamales) para obtener votos, sino pautas de pensamiento; que la contribución en la construcción de una utopía no es una cuestión de estatutos o disciplina tutorada por una élite, sino una actitud; que las alianzas sólo son posibles —si queremos pintar,

nuevamente, celajes en el cielo— con las manos trabajadas y las frentes en alto, lo cual puede dar menos votos, pero, dará un punto de partida para cambiarlo todo, mañana. Ahora que si lo que se quiere son puestos en un gobierno desde el cual no se cambiará nada, las alianzas incluyen a aquellos que, desde ese día, masacraron al pueblo o se vendieron. Todo eso aprendí en 1975; aprendí a seguir aprendiendo, a seguir pensando, a seguir respirando para hacer mío, muchos años después, el embrujo del cangrejo.

Ese 30 de julio vi cómo se nos echaron encima las tanquetas para vomitarnos su fuego. Vi la mano de Dios deshaciendo las herejías subversivas que venían del lado no acostumbrado y, entonces, supe de la muerte, de la pérdida, de la agonía que provoca el funeral escondido y gris; del dolor de las madres; del pesar de los árboles que han perdido sus hojas y sus nidos y del vacío que dejan las sombras cuando se van sin decirnos nada, dejándonos solos. Corrí por calles totalmente oscuras que, de súbito, se iluminaban para cegarme; corrí sobre lodo resbaladizo, sin poder avanzar, en cámara lenta, con grandes piedras atadas a mis tobillos y mis párpados, y me topaba con llaves sin puertas; corrí por calles sin salida donde el aire escaseaba y el ruido lo inundaba todo, todo, en medio del silencio de la muerte, ese silencio definitivo e insobornable.

1975, con su 30 de julio eterno, me enseñó a correr tras la vida; a esconder los sentimientos tras una mirada profunda; a resucitar, con palabras y recuerdos, a los muertos amados; a tragarme el dolor ajeno como si fuese el último bocado decente; a morir de frío, antes que abandonar el patio donde juegan a sus anchas las ilusiones; a gritar fuerte para hacer tiritar el rocío que se prende de las hojas que logran amanecer; a acariciar con los puños cerrados y sucios; a odiar la hipocresía que se trepa, silente, en nuestros bolsillos, como si fuera virtud. Yo estuve en la

manifestación masacrada y, viéndola desde aquí, desde este árbol de veintinueve anillos simples, aún siento los gritos imposibles, el aliento gélido del adiós, las esquirlas de sangre que brotan, cual conjuro del tiempo, de las tumbas olvidadas de hoy. Aún recuerdo la cara de mi abuela cuando me vio llegar, pálido y mudo, y cómo me abrazó sin preguntarme qué pasaba, y cómo pasó sus dedos de pandereta por mi cabeza para arreglarme la línea del pelo, como si eso fuese lo más importante del mundo. Y lo fue, porque así me acomodó la conciencia.

Sí, ese 30 de julio me convertí en un muerto-viviente, porque perdí mi nombre y

apellido en la pesadilla fulminante que me abatió al nomás acostarme, del lado del corazón, y sólo pude volver de ella porque mi abuela me despertó con cruces de saliva. No sé porqué lo cuento hoy. Hay cosas que, de tan íntimas, son sólo para uno, y quien dice para uno dice silencio, dice secreto inexpugnable. Tan íntimas como el exacto segundo en que nos liberamos del útero tibio, envueltos en un manto de sangre indeleble y con el llanto como único recurso para espantar la incertidumbre, o el miedo, en realidad no importa, lo que importa es el grito. Eso... y el secreto de la memoria.